



JOSÉ ORANTOS
DIRECTOR DE HOY
DIARIO DE EXTREMADURA

DEL ESTRECHO DE ORMUZ A LA PARCELA EN SAGRAJAS

Quienes invocan en sus referencias las consecuencias del 'efecto mariposa' deberían saber que se trata de un concepto fundamental de la teoría del caos que considera que, en sistemas complejos, variaciones mínimas en las condiciones iniciales pueden producir alteraciones profundas y a menudo impredecibles a largo plazo, aunque es habitual que se queden en la metáfora que alude a que el aleteo de una mariposa en una parte del mundo puede provocar un tornado en otra. Desde que Donald Trump le compró a Netanyahu sus postulados y decidió atacar Irán, el resto de habitantes del planeta estamos envueltos en un tornado que no deja de afectar a nuestros nervios y, sobre todo, a nuestros bolsillos. Con independencia de quién creamos que lleva razón en el conflicto y más allá de la flagrante vulneración de las reglas del derecho internacional, es evidente que aquí ha habido alguien que ha echado mal las cuentas. Desde que impactaron los primeros misiles en Teherán, a finales de febrero, todos hemos visto cómo se incrementan, no solo los manidos precios de la energía, sino la cesta de la compra, los insumos para su actividad profesional o los billetes de avión para sus próximas vacaciones.

Con independencia de nuestra formación o nivel económico, en lo único que estamos de acuerdo es en que cuando la mariposa comienza a aletear, los precios suben de inmediato y para que vuelvan a bajar tiene que pasar mucho tiempo después de que la mariposa se quede quieta o, incluso, desaparezca.

Pónganse en la piel de ese agricultor de Sagrajas cuando, preocupado por la poda de sus frutales o la preparación del suelo para el futuro cultivo de sus tomates, se despierta ese día de finales de febrero con la noticia de que a Trump le ha dado por bombardear las principales instalaciones iraníes y, en respuesta, el régimen de los ayatolás ha atacado bases norteamericanas en varios enclaves del golfo Pérsico. La primera reacción fue pensar en cómo de llenos estaban los depósitos de la furgoneta y el tractor, la segunda fue intentar hacer memoria de cuántos sacos de fertilizante le quedaban en la nave y la tercera, recordar si el vestido de la comunión de su hija estaba pagado y el banquete cerrado con el restaurante.

Todo esto, sin comerlo ni beberlo, a casi seis mil kilómetros del estrecho de Ormuz y sin poder argumentar que su

tierra, la que hoy ocupan sus cultivos, ya había pagado con creces las consecuencias de una contienda bélica.

Aunque es casi imposible concretar la ubicación exacta, muy cerca de donde nuestro agricultor tiene su parcela, el 23 de octubre de 1086 se libró la batalla de Sagrajas entre las tropas cristianas de Alfonso VI de León, apoyadas por las de Sancho Ramírez de Aragón, y las almorávides de Yúsuf ibn Tasufín, con la derrota de las cristianas. Un año antes, Alfonso VI había tomado Toledo, lo que alarmó a los reyes de algunas taifas de la península ibérica, entre ellas la de Badajoz, que invocaron la ayuda militar de Yúsuf ibn Tasufín. Este desembarcó en Algeciras al mando de un ejército de musulmanes (los almorávides) con el que se dirigió hacia el norte. El monarca leonés, apoyado por el rey Sancho Ramírez de Aragón, salió a su encuentro y el choque de las fuerzas tuvo lugar en Sagrajas. Tras un primer empuje de las fuerzas leonesas y castellanas mandadas por Álvar Fáñez, los senegaleses de Yúsuf acabaron con el ejército cristiano. Alfonso VI salvó su vida gracias a que consiguió escapar del frente. El elevado número de víctimas por ambas partes hizo que esta batalla adquiriera el sobrenombre de az-Zallaqah (en español, 'suelo resbaladizo') por la gran cantidad de sangre derramada ese día.

Casi mil años después, las veleidades bélicas de unos o de otros –casi siempre de los mismos– continúan obligándonos a recalcular costes, inversiones y beneficios o pérdidas, sin saber muy bien de dónde nos viene la bofetada, sin conocer a quienes las causan ni por qué nos vemos abocados a una realidad en la que no nos queda más remedio que ver, oír, callar y pagar religiosamente la factura.

La frecuencia de estas coyunturas, sumadas a las sobrevenidas por la propia acción de la naturaleza, nos obliga a replantear un escenario en el que quienes nos gobiernan deberían pensar seriamente en montar una batería de mecanismos de protección empresarial que amortiguaran de forma automática el impacto de las mismas sobre el sector productivo.

En el caso de nuestra región y teniendo en cuenta nuestra dependencia estructural de la agroindustria, toda acción que nos proteja de los vaivenes socioeconómicos motivados por causas sobrevenidas debería encabezar todos los programas políticos pensados para defender los intereses de los extremeños.